

Winett de Rokha

Santiago, ciudad (1)



tus orillas cantan aún las ranas azules,
sin embargo en tu corazón la multitud busca
[ritmo
con ese acento eléctrico, ardido y cosmopoli-
[ta del avión en vuelo.

Ciudad americana, atrevida y triste,
te ciñe un cerro alto, desde donde te cae
aquel influjo blanco y boreal de las nieves calla-
[das.

Torres como llamas, rascacielos que iluminan la
[tarde,
avenidas hacia el horizonte, plazas amorosas, campana-
[rios de ayer,
alegría de fuentes italianas, estupefactas, erguidas
[aguas inocentes,

(1) Nos complacemos en reproducir este poema, evocador y moderno, sabiamente articulado, por el que pasa el soplo nostálgico de la infancia y se yergue el acento noble del espíritu de una poetisa de singular personalidad. Este es quizá uno de los poemas más logrados que conocemos sobre Santiago, ciudad y en él están vivas y fuertes, las cualidades de Winett de Rokha. (N. de la D.).

que columpian una ley que tiembla,
aguas de atardecer republicano,
armonía del mar disminuída,
para los hombros de las mujeres rubias,
para las piernas escolares de los niños.

Hacia los barrios que se multiplican ingenuamente
avanzan las gentes preocupadas, presurosas de la propia
[vida.

Repercuten los tranvías por los puentes viejos de
[la Recoleta
y allí, a la virtud de las iglesias y las casonas vastas,
sentimos aún en las pupilas de las rezadoras atávicas,
abalorios y sueños, mezclados a un niño-Dios, de es-
[perma sonrosada.

Ahora se asciende con el corazón sencillo y sereno,
el hogar recóndito, el nido de cada uno, perdido
entre las abejas y los parronales de Pedro de Valdi-
[via,
Nuñoa, el nido, como en las palomas, las hormi-
[gas o los no-me-olvides.

PARQUE, QUINTA, AVENIDA DE LAS DELICIAS

la bella e incierta peregrinación del espíritu,
San Francisco, casa del Mito, no interrumpe el
[poema,
que se perfuma a sus pies, por ese ramo eternamente
[vivo de las azucenas aldeanas;

Santa Ana, en cuyos pórticos jugaron los abuelos y las
 [golondrinas de antaño
 y se bautizaron las muñecas de todos.

Guardas el camino de los días evaporados;
 aquel sauce de cobre oxidado, aquel banco municipal,
 su sombra y mi sombra iluminadas de piel
 nueva y de esperanzas,
 la tarde, copiosamente estrellada de rumores
 y azules románticos,
 y, como un loto negro, imantado, abierto,
 la noche remota, abrigadora, encerrando
 la cantidad de nuestras almás.

Ardiendo, como la palma de una mano
 franca y tendida
 te das al emigrante. Mucho andar, mucho andar . . .
 como en los cuentos, que no llegaban nunca
 al pueblo de las cúpulas de oro.

Algebras de automóviles te abrazan y te poseen,
 teatros y cines encienden tu bullicio, y
 los cartelones pronuncian:
 Greta Garbo, la nórdica iluminada y pálida.
 Te sumerges, te elevas, te extiendes, le lavas el alma,
 ciudad.

Hombres y mujeres, niños, tras las tiendas occiden-
 [tales,
 Gath y Chaves, impasible,

mirando las cinturas de plata del Oberpaur,
el almacén lírico y tranquilo,
arquitectura desenfadada,
con el número armonioso del pincel de Matisse.

Desde mi vida, miro el San Cristóbal,
el cerro que justifica tu estilo como el acorazado en el
[puerto;
aquellas lucecitas que juegan a la ola,
los reflectores que, minutos a minuto, se entreabren,
[como párpados,
y blanca, sola, muda, en lo más alto, la leyenda de
[Jesucristo,
blanca, sola, muda.

En tu jardín de muertos, acostado entre estatuas
[pálidas,
marchito está el mejor ramo de flores de nuestra casa,
y la figura herida que duerme en mi corazón una
[Primavera.

En la juventud de tus parques, yo escribo
caballos y aspectos de novedad, llevando la línea de
[nuestros héroes,
caballos de mármol, en cuyas fauces abiertas,
penetrara ese viento que tú y yo amamos, mariposa en
Febrero,
la pezuña hincada y decidida,
los ojos con la luz cóncava, llena de amaneceres y no-
[ches inmensas.

Tu orgullo proviene del Santa Lucía;
recuerdo mi alegría de siete años,
correteando a la rueda saltadora
y como veía abajo un mundo pequeñito.

Santiago, ciudad,
despierta y dormida, dignamente en ti misma;
abres las puertas;
piscinas, canchas de tennis, cárceles, fábricas,
el rico todo de oro,
el pobre con su atado de sombra.

Se produce en ti, como en Constantinopla,
en París, en Londres, en Ginebra, en Nueva York,
[en Roma;
te visitan los acontecimientos y las estrellas,
y acaso una canción sin nombre
o el nombre milenario de una canción . . .